



TIPO-LITOGRAFÍA Y FOTOGRAFADO NACIONALES

TEGUCIGALPA

Derechos Reservados

SUMARIO

| | |
|------------------------------------|-------------------------|
| I—Página del Director. | |
| II—Juan Ramón Molina (poesía)..... | Fernando García |
| III—Juan Ramón Molina..... | Vicente Mejía Colindres |
| IV—Adán Canales..... | Antonio Vidal M. |
| V—Alonso A. Brito..... | Basilio Gómez |
| VI—Jerónimo J. Reina..... | Angel R. Fortín |
| VII—Enrique Pinel (poesía)..... | Visitación Padilla |
| VIII—Juan María Cuéllar..... | José M. Albir |
| IX—Federico Milton..... | Oscar Nizú |
| X—Pedro Nuño..... | Lucila G. de Medina. |
| XI—Emilio Williams..... | Joaquín Bonilla. |
| XII—Decreto del Ateneo. | |
| XIII—Ecos de la prensa. | |
| XIV—Nota de duelo. | |
| XV—Notas. | |

FOTOGRAFADOS

| | |
|--|-------------------|
| Carátula (medallón) | Juan Ramón Molina |
| I—Adán Canales | |
| II—Alonso A. Brito | |
| III—Jerónimo J. Reina | |
| IV—Enrique Pinel | |
| V—Juan María Cuéllar | |
| VI—Federico Milton | |
| VII—Pedro Nuño | |
| VIII—Emilio Williams | |
| IX—Vista panorámica del Cementerio de la Capital. | |

ATENEEO DE HONDURAS

REVISTA MENSUAL

ORGANO DE LA SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

DIRECTOR:

SAMUEL LAINES

REDACTORES:

Visitación Padilla

Salvador Turcios R.

Alfonso Guillén Zelaya

Angel Rosendo Fortín

Fernando García

DIRECTOR ARTISTICO:

CARLOS ZUÑIGA FIGUEROA

2ª ÉPOCA

TEGUCIGALPA, 25 DE ENERO DE 1926

NÚM. 55

PAGINA DEL DIRECTOR



S traemos, añables lectores, la salutación excelsa de nuestros vírgenes pinares, floridos de admiración a lo bello, a lo noble, a lo altruista. Deshojamos nuestros rosales—plenos de amor, de luz y de vida—en la intimidad de espíritus selectos, que bogan impasibles tras el Ideal, tras el terso Ideal, viejo de soñaciones, aterido de frío en las inicuas jornadas de la mediocridad ambiente; pero siempre erecto, siempre incólume, dibujando anhelante los dilectos perfiles de la Quimera, Señora del Arte, alma-mater de ambrosías, diluidas perennemente, como soplo divin de la Belleza, al margen de un maravilloso esquilismo del Siglo de Oro, al rumor de una cadencia impoluta, al beso alado de una sonata misericordiosa.....

Sobre el triste despojo de hojas secas y marchitas, el Ateneo de Honduras, como el Sol de la Media-noche,—como el Iris—como el rayo de luna desfallecido en la senda infinita, como el beso maternal en la crispación de un espasmo rumoroso de infantil terneza, vuelve a la faena de espiritualidad suprema, elevando—como el sacerdote ante el altar—el cáliz del Pensamiento—desbordante de floración nativa—sin prejuicios ni recelos—tal vez arrogante y magnífica, tal vez endeble y pálida, pero al fin nativa, al fin..... espejo de aguas tranquilas, dormidas a la sombra de limoneros en flor, donde podamos asomarnos, de tarde en tarde, para ver nuestra propia fisonomía, nuestros propios perfiles.

las florestas sonoras de las montañas le glorifican en sus músicas perpetuas. También el poeta debe decirle sus dolores infinitos, debe hablarle de sus santo anhelos, debe enviarle sus dolientes plegarias, que llegarán hasta Él, como palomas mensajeras, llevando las alas húmedas por el llanto de los hombres; llevando en el pico ramas de laurel glorioso, salpicadas con sangre del espíritu, es decir, regadas con gotas de luz.

Cruzado de la libertad; profeta que anuncia bellos días en horas de borrasca; apóstol de una religión sin mancha; juez que condena el crimen que se realiza en las alturas: he allí al poeta.

En la escala de pensamiento humano, que acerca el hombre a Dios, el poeta está muy alto.

¿Por qué no ha de cumplir su misión sobre la tierra quien lleva en el alma un soplo del infinito?

¿Por qué, si hay sombras que descorrer; lágrimas que enjugar e injusticias que herir; si la humanidad, en fin, existe y se vierte su sangre como las ondas de un río, no ha de cumplir su misión de iluminado?

El placer de hacer bien; de quemar la propia sangre para darla convertida en luz; de derramar la verdad a torrentes, es placer que no se compra con oro, placer inmenso que sólo comprenden las almas superiores.

La del poeta es una de ellas.

Vivimos en épocas de lucha; contemplamos contiendas más feroces todavía que las relizadas por los bárbaros; escuchamos cómo, desde la Guerra Mundial, cruje y se queja y se derrumba la obra de los siglos.

Frente a ese cataclismo social, asolador como el Diluvio, la lira no debe enmudecer, porque la lira es arma que, como el puñal oculto entre rosas, de Aristogitón y Harmodio, sabe herir en el corazón; trompa en los labios de Homero; guzla en los de Zorrilla; flauta en los de Rubén, es lúgubre de fuego en las manos de Dante, es chaca que destroza en las de José Mármol y rayo que fulmina en las de Salvador Díaz Mirón.

Solamente será inmortal quien sienta los mismos dolores infinitos, las mismas justas aspiraciones, los mismos santos odios que muerden el alma de las multitudes oprimidas.

Y han corrido muchos siglos tantos que no es posible contarlos! durante los cuales los desheredados de la vida han caído, como doradas espigas bajo el filo de la hoz, sufriendo hambre de pan, de luz y de justicia.

Víctor Hugo en páginas que exhalan el perfume de rosas húmedas y frescas, nos cuenta con quiénes hablan los niños, cuando sonríen en sueños; nos traduce lo que dicen las aves en el rítmico vibrar de su canto; nos refiere lo que conversan las ondas en el rumor musical de los ríos, es dulce, delicado y tierno; cuando defiende los derechos de la humanidad contra la injusticia de sus opresores, es sublime.

Convertir el barro miserable de que está fabricado el hombre en algo puro y esplendido como el diamante: he allí el sueño glorioso del poeta. Por eso marcha, en un bosque sagrado de laureles, cantando el himno soberbio de la vida, mientras su corazón se lista en sangre.

Ser poeta; llevar, como creían los griegos, una alondra en la garganta, es don del Cielo, que cuesta muy caro; que, como la deuda con el judío de la leyenda, se paga con carne viva de la más noble entraña.

La humanidad contempla, deslumbrada, la corona de luz que orla la frente de los grandes hombres; pero ignora que, bajo ella, se oculta una corona de espinas que se clavan en el alma.

¿Habéis escuchado, en la Leyenda Olímpica, cómo se queja, con voces de huracán, un ser divino y desgraciado, a un mismo tiempo?

La Tierra y el Mar le escuchan, temblando.

Es hermano del poeta; es Prometeo.

Este y aquél viven encadenados a su Destino. En vano intentarían romper sus crueles ataduras.

La Lira y el Buitre son símbolos siniestros: uno y otro desgarran entrañas inmortales.

Cuando el poeta siembra consuelo en los surcos que el pesar dejó en las almas; cuando hace florecer la risa sana, armoniosa y consoladora, en labios petrificados,

durante años, por el dolor; cuando el regocijo general estalla, al mágico conjuro de la lira, alguien, uno solo, llora, en silencio: es el corazón del poeta; sorbe, una a una, lágrimas candentes, mientras canta, canta y canta la inmensa alegría del vivir....

Si alguien auscultara el alma de los hombres superiores, se estremecería de pavor: escucharía en ella rugidos dolorosos de león enfermo....

Allí sangra una tragedia....

¿Fue Juan Ramón Molina poeta de verdad?

Indiscutiblemente, fue un gran poeta: a la edad en que murió y en medio de nuestras densas nieblas, realizó labor trascendental.

No dudamos en vaciar sobre su tumba todo el caudal de admiración que llevamos en el alma.

En su lira vibran todas las cuerdas: la de plata, que dice voces de égloga y exhala dulces gemidos de madrigal; la de oro, que canta la belleza inmortal y fecunda, como el seno de Hécuba; que canta el amor, con sus besos cálidos, sus miradas de fuego, que se clavan, como saetas, en el alma; la de bronce, cuyas notas épicas levantan de su tumba los héroes dormidos..

Ahora, cuando los años han pasado sobre la memoria del poeta; cuando la envidia no encuentra sino un fantasma que roer; cuando los odios se han extinguido al contacto frío de la tumba, la figura egregia de Juan Ramón se condensa en algo firme que deslumbra con resplandores de astro.

Porque el alma de los inmortales surge, a través de las grietas del sepulcro, irradiando sobre la conciencia de los vivos.

Frente a esa tumba, señores, ¿no sentís que hemos cometido un olvido imperdonable?; ¿no observáis que está de pie como sombría interrogación, una injusticia?

Sí; lo sentimos y lo observamos: la ausencia de la figura apolínea del poeta, inmortalizada, por milagro del arte, en bronce o mármol, es falta que nos avergüenza....

El Ateneo de Honduras tiene a honra altísima, llegar aquí y rendir tributo de profunda admiración al más grande, al más glorioso, al príncipe de nuestros poetas, en todos los tiempos de nuestra historia, bajo el espléndido cielo de la patria.

VICENTE MEJIA COLINDRES.

Noviembre de 1925.



Adán Canales

SEÑORES:

ESTAMOS frente a la tumba que guarda los restos de uno de los poetas más exquisitos y sentimentales que vieron la luz en este bello país de los fragantes pinares.

Yo no le conocí personalmente, pero al través de sus verso encantadores y sencillos, que hubieron de manar de su alma, como la silvestre miel de los panales, he sentido revolotear su espíritu, como en las noches primaverales sobre nuestras frentes, la falena inconstante de las luminosas y transparentes alas.

Señores:

Todo pasa, todo es frágil, todo es nada; sólo el espíritu, convertido en armoniosas rimas, ha de quedar un día quizá, flotando sobre las angustiosas ruinas y sobre el aniquilamiento de la civilización y de los mundos.

Sólo los poetas, "como rompeolas de las eternidades," han de marcarnos, en el árido camino de la vida, las diversas etapas de nuestro ascenso hacia las sublimes regiones donde nuestro espíritu ha de calmarse.



En estos momentos no hay en mi interior más tristeza, que la sugerente poesía del momento, evocada quizá por estas frías y silenciosas tumbas, por estos cipreses elegantes y lúgubres y por ese místico recogimiento que leo en vuestras almas

Por otra parte, me siento contento, porque el poeta a cuya memoria dedico estas frases, ha tiempo que soltó las pesadas amarras que lo retenían en esta desgraciada y hermosa tierra, donde el odio fraterno se cultiva como flor delicada y favorita.

Feliz el poeta, porque sus venerados restos, dentro de poco, no serán más que otras rimas en el seno misterioso de nuestra madre común.

Feliz porque sus restos, no sometidos ya a las miserias humanas, atomizados, transformados, serán trino maravilloso en la garganta de los pajaritos, áureo reflejo en la diamantina gota del rocío, perfume exquisito en la orquídea multicolor y rara.

Feliz el poeta, porque su espíritu, más allá de las enormes y blancas nebulosas, ha de sonreír feliz, frente a la divina y apetecida transformación de sus hoy queridos restos. Y fusionando su espíritu misteriosamente, con el alma sutil que vibra en todas las cosas de su transformado ser, es posible que sienta al mismo tiempo, como sintió en la tierra, una dulce tristeza, una fraternal piedad y compasión hacia los que aun nos restan algunos días para precipitarnos en las hambrientas fauces de la enigmática Esfinge.

Tegucigalpa, 2 de noviembre de 1925.



Alonso A. Brito

SEÑORES:

UENGO aquí, ante la fría tumba que guarda los restos mortales del querido poeta Alonso A. Brito, a rendirle mi oración lamentaria, a nombre del Ateneo de Honduras, que me ha conferido tan alta e inmerecida honra, y del cariño que profesé en vida, a tan inspirado bardo. Carino que, me lo inspiró, la exquisita pureza de sus sentires, que eran, como el arroyo cristalino que, cantando suavemente su canción entre las flores, deja ver en su fondo, la menuda arena, que brilla, como bajo un límpido cristal a la caricia de los rayos de luz.

¡Yo presencié, con mi alma conmovida, en los últimos días de su vida, sus privaciones y dolores, sus luchas y tormentos, sus ensueños y esperanzas truncadas, y, admiré su entereza, los quilates de su corazón, y su altivez de uila no vencida, y, vi en su semblante, dibujarse ese heroísmo, en signo despreciativo a la miseria humana, al traspasar vencedor, los umbrales de la muerte.

Estas virtudes no comunes, forjaron en mi corazón, un relicario de acero, en donde se albergó el aprecio, como si fuera aroma espiritual, y hoy, señores, al dilatarse en mi ser, el vibrar de esa recordación, al estar frente a la fosa que guarda sus restos venerables, se ahoga en mi garganta la palabra y, quisiera que, bajo esa pesadumbre de dolor, abriéndose mi corazón, derramárale una lluvia de rosas húmedas, o sea mis palabras transformadas en flores.

Doloroso es, señores, considerar que, esta tierra todavía removida y fresca, guarda los restos, de uno, que no más ayer, formaba la delicia de su hogar y encanto de sus amigos; esta tierra húmeda, en donde crecen humildes plantitas que bríndanle sus flores silvestres, cubriendo como mortaja tejida por élla, como respetuosa caricia al ser que guarda y que, le es un tesoro, pues, vuelve a su seno, en virtud del principio recordativo del hombre en su existencia: "polvo eres y en polvo te convertirás."

¡Cuántas meditaciones profundas nos trae al espíritu, la presencia de un cementerio, ya de humilde aldea o de populosa y rica ciudad! ¡Cuántas, como aquellas de Tomás Gray, en su Elegía: "En este lugar solitario, yace tal vez, un corazón que fue animado de la llama celestial: aquí tal vez estan sepultadas manos que fueron dignas de llevar un cetro o de despertar las sublimes armonías de la lira. Aquí reposa tal vez, algún rústico Hampden, que con su valor intrépido, supo hacer frente al tiranuelo de su cortijo: allí yace desconocido en la tumba algún Milton, mudo, y, sin gloria!"

¡Oh señores, qué tristes es la mansión de los muertos!

Allá, al otro lado, rumbo al Oriente de la vida humana, se levantan estruendosos los vanos placeres y orgías, la lucha por la existencia material; alzan sus altares las pasiones, ya el vicio que triunfa, ya la virtud pisoteada y sangrante, y aquí, el himno del dolor, la plegaria suplicante, el espíritu arrodillado implorando penitente el perdón al cielo.

¡Allá y aquí, el Oriente con el Ocaso unidos por una senda sembrada de arenas, por donde hay un interminable desfile de los que se van para no volver. Senda cuajada de lágrimas y ecos dolientes, en donde los unos hermanos, con el corazón desgarrado, vienen a decir su último adiós, a los otros hermanos que jamás volverán!

¡Si pudiéramos hacer vivir y recoger todas las quejas, dolores y llantos que han atestiguado estas tumbas, estas cruces, esos cipreses mudos y sombríos, que destilan lágrimas de sus hojas filamentosas; del olor de esta tierra, que ha gemido al sentirse herida por la pica del sepulturero; si pudiéramos recoger las lágrimas aquí caídas, los dolorosos estremecimientos del corazón; si pudiéramos hacer revivir todo eso que yace aquí, demostrando que el hombre, desde su cuna hasta el sepulcro, no es más que un solo dolor; si todo eso pudiéramos cristalizarlo, recogerlo con las manos del alma arrepentida, arrodillada y suplicatoria, presentarla en alto, como ofrenda dolorosa a Dios, este Dios, al ver tan gran dolor, al ver al hijo humilde, cubierto todo el de las espinas de la vida miserable, que le presenta su corazón herido, este Dios bueno, perdonaría a la humanidad y, derramaría su bendición sobre el hijo arrepentido!

Sí, señores, aquí, en este lugar santo, están vivientes todos nuestros dolores, aquí se nos abre el más allá que se abraza en rayos de esperanza al árbol santo de la cruz, y, nos conduce con la fe a Cristo.

Aquí yacen nuestros amados hermanos, entre ellos, el poeta a quien le rindo estas humildes palabras, sencillas, pero nacidas de un manantial de pureza y verdad.

Aquí Brito, el poeta de la profunda melancolía, el poeta humilde, que apuró con valor el acibar que pródiga le brindó la vida.

¡Aquí mora hoy, al lado de sus otros hermanos.

¡Aquí, en las noches misteriosas y silencias, le besan su sepulcro los luceros y, la brisa al quebrarse en las cruces y tumbas, canta una elegía dolorosa!

BASILIO GOMEZ,





Discurso del Dr. don Angel R. Fortín, en nombre del Ateneo de Honduras, en la tumba del Dr. Jerónimo J. Reina

SEÑORES:



El Ateneo de Honduras ha querido en este día, como en otras ocasiones, traer sus hojas de laurel a las tumbas de muchos ciudadanos ilustres y sus frases de aprecio y admiración perpetua para éstos.

En su nombre vengo a dar ese tributo a Jerónimo J. Reina, uno de los más inspirados apolonidas que en las últimas décadas ha tenido Honduras. Cuando el 30 de diciembre de 1918 los bronceos parroquiales anunciaron que el alma de aquel joven distinguido se había desligado de su envoltura terrena, la conmoción social fue enorme y un hálito caluroso de sincero pesar pasó sobre todas las clases sociales del país.

¿Quién era el que se alejaba de la vida? ¿Qué méritos había conquistado ante sus contemporáneos para que así se conmovieran?

En la mediocridad de nuestro medio social fue un hombre de reconocida mentalidad. En esferas de mayor amplitud habría sido considerado con mejores caracteres.

Jerónimo J. Reina fue una prestigiosa figura, un cerebro pleno de luz, una cumbre social—como dijimos en la época de su muerte. Sus cuarenta y dos años tuvieron para la patria destellos de gloria que pocos de sus hijos le han dado. En el Foro, en la tribuna, en la poesía, en la Administración Pública se destacó brillantemente y llegó hasta convertirse para la juventud más comprensiva de Honduras en un lábaro con el que se pensaba marchar en un futuro próximo a las conquistas políticas y económicas que requiere la vida del país.

Pero si en sus labores administrativas Reina había descollado por su previsión, su ecuanimidad y su espíritu de progreso sus valores en el campo de la poesía y de la oratoria también eran de resaltante notoriedad. Reina era de los privilegiados que traen en el cerebro nidos de alondras y en el corazón jardines floridos. De allí brotaron cántico y perfume para la delectación de todos y destellos admira

bles de todas las irisaciones de su espíritu. Habría podido con Platon discutir las tesis de su república visionaria, tratar con César los graves asuntos para la organización del Imperio, ir del brazo con el Arbitro de la Elegancia de Roma burlándose de los dioses y de los hombres, sentarse a la mesa de los grandes magnates anti-guos y devorar con Lúculo las mejores entrañas de las golondrinas, mientras el vino del Lacio se derramaba a torrentes entre las alegres disquisiciones de los filósofos. Pudo ir en el Renacimiento, abrazado a Benvenuto, tallando mentalmente obra admirables, o acompañando a Vinci en su empeñosa labor de eternizar una sonrisa. Pudo ir con el incomprendido Maquiavelo forjando la máximas terribles y profundas del temible escritor, y en nuestra edad, que todos llamamos de la luz y del saber, pudo fácilmente codearse con las mejores mentalidades.

Desde muy joven Reina era ya un letrado. Recuerdo con gratitud que él era Director de la Biblioteca Nacional instalada en nuestro viejo edificio de la Universidad y yo era estudiante del Instituto. Por mi mente soplaban ya los vientos que a tantos arrastran y a tantos levantan: los vientos ardorosos de la literatura. Reina ya se destacaba entre la juventud intelectual. Ya en una revista que redactaba con varios amigos había publicado su poema sobre el festín de Baltazar; ya había visto yo la representación de dos comedias suyas que escribió con el objeto de recaudar fondos para la liberación de Cuba: ya había oído el estruendo de los aplausos con que las multitudes entusiasmadas premiaban el mérito de sus fogosos discursos, y todo eso había conquistado para él mi estimación espiritual. Mis primeros versos y mis primeros artículos tuvieron por amable censor a Jerónimo. Y allí en el puesto que ocupaba, cuando se cansaba de leer obras de atormentadora profundidad, me atraía para enseñarme páginas amables de muchos libros y a sugerirme tendencias artísticas.

Poco nos queda coleccionado de su obra literaria. Se embarcó, como a casi todos nos ha pasado, en la politiquería nacional—en que fue, por lo honrado y progresista, una brillante excepción de la generalidad de los funcionarios—y su musa gentil se adormitó sobre la proa de su barco, dando apenas muy lejanas señales de vida cuando las olas de los sueños llegaban tormentosas o acariciantes a lamer la frente de la bella durmiente.

El único libro de Reina que se conserva es el de versos que llamó "Copo de Humo" y que, efectivamente tienen humo, pero humo de gloria, humo de incienso y mirra, del que debe ofrendarse siempre en los altares de Apolo. Lo dedicó a su padre, el honorable General José María Reina, y a su venerada madre, con estas frases dolientes: "Sobre la tierra en cuyo regazo duermes hace largos años mi madre florecerán mis rosas espirituales: sobre las angustias que han cubierto de nieve la cabeza de mi padre, mis palabras pasarán como un soplo armonioso de Amor y de Esperanza."

Y para iniciación del libro puso estos versos que no resisto a la tentación de copiar:

Copos de humo

En las largas horas
de las tristes noches de invierno,
lento de amargura,
de tristeza lleno,
con hiel y con lágrimas
escribí estos versos,
pensando en tus ojos de fuego,
pensando en tus labios de fuego,
pensando en tu alma de fuego.

Copos de Humo los llamo
¡Y son humo!
Humo de viejas pavesas
que el tiempo alevé destruir no pudo:
restos de ilusiones
que yo amaba mucho
y que hoy en mi alma
su perfil proyectan,
su perfil oscuro,

y hablarme parecen con sus labios mudos,
de alegrías muertas,
de ternuras muertas,
de promesas muertas

Como un desfile de pálidas monjas
de algún templo en el claustro sombrío
con tocas siniestras
mis versos recorren los folios del libro;
van tristes, muy tristes,
buscando un asilo,
como las aves que al golpe del austro
perdieron su nido!
Llamarán a tu puerta, bien sabes,
y sólo te pido
que los miren tus ojos de fuego,
que los besen tus labios de fuego,
y que hallen cabida
en el seno ardiente de tu alma de fuego."

El poeta eximio que pudo escribir páginas maravillosas para honra suya y para gloria de la Patria, dejó sin construir la obra literaria meritísima que de él se esperaba. La muerte implacable se apoderó violentamente de su prometedora existencia y hoy sólo nos queda conformarnos con la apreciable labor que realizó, por la que siempre será digno de que se le tributen homenajes como el que ahora se le consagra y en el cual yo le ofrendo, con mis recuerdos y afecto personales, los laureles de mi admiración.



Homenaje de una poetisa hondureña

EN LA TUMBA DE ENRIQUE FINEL, A NOMBRE DEL ATENEO DE HONDURAS

A la lid del pensar llegó siempre el primero,
no a reír de los héroes en las justas de honor.
¡Tan amable y tan grato, tan noble y tan sincero
que apretaba la mano del bravo vencedor!

—¿Dónde está el fiel amigo, el gentil caballero,
quien a todas las damas deshojaba una flor?
Aquí en este sepulcro, aquí está prisionero
del misterio insondable, el tierno soñador.

Traiga la dulce novia las flores encendidas
que al balcón le arrojara en las tardes queridas
de confidencias íntimas en su loca ilusión;

Y nosotros, hermanos, dejemos en su fosa,
la perla de una lágrima y la cándida rosa
del sentimiento místico de nuestro corazón.

Día de Difuntos de 1925 —En el Cementerio General

VISITACIÓN PADILLA,



Juan María Cuéllar

SEÑORES:

CUATRO palabras, en nombre del Ateneo de Honduras, sobre la tumba de don Juan María Cuéllar.
CUATRO palabras que sean como la intensa oración de nuestros espíritus.
CUATRO palabras que sean como la profunda plegaria de nuestros corazones.
COMO el descansa en paz que todos los labios pronuncian en los momentos de suprema angustia.

Señores:

Siempre que he tenido que llegar a este sitio, mi espíritu ha caído en el éxtasis profundo de la meditación y del silencio.

Todo es sagrado aquí. Atrás queda el bullicio de la vida. De la vida inquieta que parece que tuviera prisa en llegar a la oquedad de la muerte.

Atrás quedan todas las vanidades. Todos los orgullos; y, todos los espejismos dorados de la tierra.

Aquí, el silencio augusta. La sombra eterna.

Todo es sagrado aquí. Las mismas tumbas ennegrecidas por el rigor de los años, por la furia de todos los elementos, dan la sensación de seres vivientes que, cansados de la vida, en un momento de desesperación, se tendieran, definitivamente, sobre el dorso clemente de la madre tierra.

Los mismos árboles, compañeros callados de los muertos, parece que, al elevarse hacia la ilimitada comba de los cielo, pidieran piedad para todas las almas, paz para todos los espíritus.

Todo es sagrado aquí. El espíritu se despoja de su vulgar ropaje. Se concentra la emoción. Se aguzan los recuerdos; y se purifica el alma en la trágica visión de todos los martirios.

Señores:

En estos momentos venimos a esta ciudad eternamente silenciosa a recordar un día de luto y de duelo nacional. Era el día 3 de octubre de 1921. Don Juan María Cuéllar exhalaba el último suspiro. Sus ojos se apagaban para siempre. Los bronces de nuestras iglesias anunciaban que su espíritu desaparecía de la tierra.

Quisiera, en esta ocasión, hacer el recuento minucioso de la vida de aquel ciudadano meritísimo. Desgraciadamente, no es el momento para detenernos en los detalles. Es la hora del conjunto, de un caudal de pena incalculable.

Don Juan María Cuéllar murió en la plenitud de su fuerza mental. Pocos espíritus tan inquietos como el de él. Pocas concepciones tan claras como la suya. Pocos cerebros tan complejos. Todo lo abarcó y en todo supo descollar: Medicina, Sociología, Literatura, Oratoria, Teosofía. En todas las fuentes del saber supo abreviar y de todas ellas sacó la fuerza que le dio personalidad y la esencia que perfumó los años de su vida.

Pero donde verdaderamente sobresale, con más fuertes relieves, es en el periodismo. Allí libró las más resonantes batallas como polemista de insuperable fuste. Las hojas periódicas de aquella época las llenaba la firma de don Juan María Cuéllar, ora con artículos de médula científica, ora con sátiras políticas que, como dardos envenenados, iban directamente al corazón.

Lástima que su obra de tantos años, diseminada por todas partes, no haya sido recopilada. Ella constituiría un valioso contingente en el acervo de nuestra Literatura Nacional.

Las luchas intensas de una dilatada y profícua labor mental, minaron la existencia de don Juan María Cuéllar. Y cuando más se esperaba de sus capacidades; cuando su inteligencia estaba en plena floración; cuando su pluma vigorosa no había completado la obra que su intelecto reclamaba, cayó rendido para siempre. El que tantas veces, en las nobles luchas del pensamiento, supo vencer, cayó vencido.

Sobre su tumba bien puede escribirse el epitafio que Blanco Fombona escribió en su Lámpara de Aladino:

“Supo querer y odiar con todo su corazón. Amó campos, ríos y fuentes; amó el buen vino; amó el pórmol, el acero y el oro. Amó las núbiles mujeres y los bellos versos. Odió a los pérfidos, a los hipócritas y a los calumniadores. No leyó nunca a los fabricantes de literatura tonta. Tuvo ideales y se sacrificó por ellos. Jamás la mentira maneció ni sus labios ni su pluma.”

Descanse en paz. Que la tierra que tanto amó le sea propicia.

2 de noviembre, 1925.

J. M. ALBIR.



Federico Milton

(de mis recortes de viajes)

UN rayo de idealismo palpitante y vívido,—un clamor de plenitud en el escaso y taciturno horizonte patrio, me llevó al Norte, al país enorme y férreo donde conviven los plexos emersonianos y las fibras omnipotentes de los Fulton y de los Edison calcinán inmisericordes las carcomas pasmosas de la pereza y de la abulia.

La fe en mí mismo que es como la corteza de mi espíritu, cobró ánimo y resolución al impulso de voces firmes y decisivas de dos jóvenes mentalidades, que en New Orleans, hirieron mi pupila irredenta, poniendo carbonos encendidos en la hoguera de mis ansias: Céleo Dávila y Emilio Williams; no les perdono, sin embargo, haber frustrado mi propósito de ver de cerca, muy de cerca, a Teodoro Roosevelt, la cabeza de hierro y de genio, que a esa hora daba conferencias en el teatro de la Opera Francesa. Y tuve que dejarlos, satisfechos de su obra, para ir a Mobila, tras la búsqueda de nuevas impresiones, de nuevas emotividades en mi fantasía,—siempre ansiosa—siempre temeraria en crispaciones desconocidas.

Y allí encontré a Federico,—FEDERICO MILTON—pleno de ilusiones financieras,—saturado de un optimismo racial por nuestro Señor EL DOLLAR



¿Viste a Roosevelt?—fue su primera pregunta, su primer abrazo de bienvenida. No, le contesté, gracias a la *timidez tropical* de Céleo Dávila y de Emilio Williams.

¡Qué escándalo!—Estar en la Opera Francesa y no tocar ¡siquiera! el paletó del Gigante es el pecado de los pecados . . .

—Pero hablemos de tí, le interrumpí, ¿qué haces, qué piensas, qué sientes? —Pues viejo, aquí me tienes *en olor de santidad literaria*, hace más de dos años que no *fabrico* un verso, ni hago una línea, lo que es por mí, han estado muy tranquilas y serenas las pobres Hadas y las tan perseguidas y pocas veces encontradas Musas . . . ; ahora, solo veo Números, solo oigo Números, y sólo toco Números; estos son mis libros, dijo, poniendo la mano en la espalda de un viejecito nariz prominente y encorvada que muellemente reclinado en una butaca, fucito maba su negra y mal oliente pipa. Te presento al señor Ismael X X, dueño de ese *ranchito* que ves enfrente (un elegante palacete de varios pisos) y la firma más respetable de la Compañía de Vapores N. N. me ha puesto un cariño *formidable* y quiere que hagamos un viaje alrededor del mundo en uno de sus yates, ofreciendo, además, tratarme a cuerpo de rey . . .

—¡Casi nada! y tú, qué opinas?

—Mandarlo a comer patatas hombre; yo trato al judío en el Número, en la Cifra, ¡pero comer con él, dormir con él, . . . libreme Dios!!—y se deshizo en una carcajada sonora y fresca como agua de cascadas olanchanas . . .

Era así, aquel máximo espíritu, aquel pensador insigne. Cabalgaba su fantasía en fecundidades de fronda; y al llegar al vasto imperio del DOLLAR, ocultó su lira—su Lira romántica y cristalina—para perseguir el vellocino de oro . . . que nunca alcanzó, porque su astro propulsor, llevaba en la crencha este signo ocre y dantesco: FATALIDAD.

OSCAR NIZÚ,

Orden del homenaje

acordado por el Ateneo de Honduras a los
ateneístas desaparecidos

A.—El día 2 de noviembre próximo, a las 3 p. m., se reunirá el Ateneo en Junta General, en los salones de la Cámara de Comercio.

B.—Después de nombradas las comisiones de estilo, se hará el desfile hacia el Cementerio General, donde se verificarán las honras fúnebres, en el orden siguiente:

Tumba del maestro Juan Ramón Molina:

- I.—Oración del ateneísta Dr. Vicente Mejía Colindres.
- II.—DUELO NACIONAL, marcha fúnebre del ateneísta don Rafael Coello Ramos.—Sociedad Orquestal Hondureña.

Tumba del compañero Adán Canales:

- I.—Oración del ateneísta Dr. Antonio Vidal M.
- II.—MADRE MIA, marcha fúnebre del ateneísta don J. Benigno Coello.—Sociedad Orquestal Hondureña.

Tumba del compañero Alonso A. Brito:

- I.—Oración del ateneísta Canónigo don Basilio Gómez.
- II.—TRISTE RECUERDO, marcha fúnebre del Canónigo don Santiago Zelaya.—Sociedad Orquestal Hondureña.

Tumba del compañero Jerónimo J. Reina:

- I.—Oración del ateneísta Dr. Angel R. Fortín.
- II.—PAZ ETERNA, marcha fúnebre del Profesor don Carlos Haertling.—Sociedad Orquestal Hondureña.

Tumba del compañero Enrique Pinel:

- I.—Oración de la ateneísta señorita Visitación Padilla.
- II.—SINFONIA HEROICA, marcha fúnebre de Beethoven —Sociedad Orquestal Hondureña.

Tumba del compañero Juan María Cuellar:

- I.—Oración del ateneísta don José M. Albir.
- II.—MARCHA FUNEBRE de Chopín.—Sociedad Orquestal Hondureña.
 - C.—Nómbrase a la ateneísta señora doña Lucila Gamero de Medina, en la ciudad de Danlí, para que visite la tumba de los compañeros Pedro Nufio y Manuel Amézquita y deposite una corona en nombre del Ateneo.
 - D.—Nómbrase a los ateneístas Dr. Rómulo E. Durón, Vidal Mejía y Alfonso Guillén Zelaya, en la ciudad de San Pedro Sula, para que visiten la tumba del compañero Federico Milton y depositen una corona en nombre del Ateneo; y
 - E.—Nómbrase a los caballeros don Luis Felipe Lardizábal y don Octaviano Arias, en la ciudad de Choluteca, para que visiten la tumba de los compañeros Adán Coello y Emilio Williams y depositen una corona en nombre del Ateneo.

Dado en Tegucigalpa, en el Salón de Sesiones del Ateneo de Honduras, a los veintidós días de octubre de mil novecientos veinticinco y en aniversario de la Independencia Nacional.

SAMUEL LAINES,
PRESIDENTE.

SALVADOR TURCIOS R.
PRIMER SECRETARIO.

ANGEL R. FORTIN,
SEGUNDO SECRETARIO.

ECOS DE LA PRENSA

Homenaje a los poetas hondureños desaparecidos en Tegucigalpa

GRANDIOSO, imponente y altamente significativo, se nos dice de Tegucigalpa, que resultó el homenaje que el Ateneo de Honduras inició para el 2 de noviembre último para los poetas hondureños no ha mucho tiempo desaparecidos.

El día indicado, en el Cementerio de aquella capital, reunióse la intelectualidad hondureña e hizo acto de presencia ante los modestos sepulcros de los vates que pasaron por los arenales de la vida, "con su lira al hombro," como dijera Díaz Mirón.

Y en las tumbas de Juan Ramón Molina, Adán Canales, Alonso A. Brito, Jerónimo J. Reina, Enrique Pinel y Juan María Cuéllar, se vieron las coronas simbólicas offerdadas a los ilustres Panidas que supieron dar lustre a su Patria y conquistar para sus nombres la inmortalidad.

Y se cyeron en la Necrópolis las conmovedoras disertaciones de la inspirada escritora Visitación Padilla, y las oraciones fúnebres de Vicente Mejía Colindres, Canónigo Basilio Gómez, Antonio Vidal M. y José María Albir; así como también las sentidas marchas fúnebre de Rafael Coello Ramos y J. Benigno Coello.

Cerca de aquellos sepulcros, sólo la tumba de un poeta que fue amigo de los poetas glorificados, se veía desnuda y solo cubierta de musgo: la tumba del poeta salvadoreño Vicente Acosta, que fue a dar el último grito contra la tiranía, lejos de su patria, hace algunos años.

No se acordaron nuestros compatriotas del bardo expatriado por Fernando Figueroa.

Nadie se acordó de él.

En tanto, los intelectuales hondureños dieron una alta prueba de confraternidad. no olvidándose tampoco de sus vates muertos en la ausencia.

Y hasta al Cementerio de Choluteca, donde duerme Adán Coello, hicieron llegar el homenaje tributado a su memoria.

También la tumba del poeta suicida Federico Milton, en San Pedro Sula; y la de Pedro Nufio, poeta y maestro de escuela, en la ciudad de Danlí, tuvieron su ofrenda fúnebre ese 2 de noviembre.

¡Qué bien habla ese gesto de la sentimentalidad del alma de los miembros del Ateneo de Honduras!

Bien por la intelectualidad hondureña. Para ella nuestra admiración

El ejemplo que acaba de darnos, no debemos echarlo en olvido.

C. AUGUSTO OSEGUEDA.

(*Diario de Oriente*.—El Salvador).



NOTA DE DUELO

CON profunda pena recibimos de Guatemala la triste y dolorosa noticia de la prematura desaparición de nuestro distinguido consocio el poeta Joaquín Soto.

Como un homenaje a la memoria del ilustre desaparecido, reproducimos el párrafo necrológico que publicó nuestro Director, en el diario *Reconciliación*; haciendo los votos más fervientes por que su recuerdo glorioso de prestigiado portallira, tan íntimamente grabado en el corazón de sus compañeros y admiradores, mitigue en parte el hondo pesar de su apreciable familia, para quien rendimos el tributo de nuestra condolencia más sentida.

† JOAQUÍN SOTO

—Como el alud que troncha implacable la opulenta encina.

—Como el simún iracundo que deja en éxtasis la atrevida caravana, adivinando a lo lejos el gesto enigmático de la Esfinge, su inteligencia viril—de pujantes altiveces, vuelca el vaso de la Vida, dejando tras de sí senderos de luz—que en los atardeceres otoñales ríen con el tramonto, besando el manto púrpura de auroras impecables.

—Joaquín Soto, prendió su fantasía inquieta en celajes multicolores.

—Su floración de apolonida tuvo raras fragancias, que perfumaron dolientes el cáliz de nuestros oasis literarios.

—Y doblan las campanas de nuestro templo sagrado—con tañidos lastimeros.

—Y la hoz de la Segadora—cómo blande en alto su mano terrorífica—buscando las cabezas unguidas—los espíritus selectos—las primaveras radiantes, que como Adán Canales y Alonso A. Brito—enhebraban la Rima de Oro—con timideces de astros errabundos.

La bella escala recorrida por él, fue fogosa y múltiple.

Declinó su frente en horas de dolor y de amargura—y cantó con embeleso al amor que huye y al beso diluido en mieles y ambrosía.

Ahora, canta al Azur, y el azur le envuelve en su manto impoluto.

—Y de sus pliegues, como lluvia de estrellas, cubren su lecho funerario, sus estrofas y sus versos.

OSCAR NIZU.

8 de enero, 1926.





NOTAS



Nuestro pésame

El Ateneo hace presente, por estas líneas, sus muestras del más sentido pésame a su digno Presidente Honorario, señor Doctor don Miguel Paz Barahona, por la reciente desaparición de su hermano, don Jesús Paz, acaecida en San Pedro Sula.

Fue el señor Paz un caballero distinguido, de elevados ideales y de fervoroso amor patrio, que culminó durante su actuación como representante del pueblo en diferentes legislaturas; por eso su eterna desaparición ha conmovido justamente todos los círculos sociales del país.

Para el próximo número

Por dificultades de última hora, no nos fue posible publicar los fotograbados de nuestros inolvidables compañeros Adán Coello, Manuel Amézquita y Francisco Nolasco; pero gustosamente lo haremos en el próximo número, con artículos ne-
crológicos de los ateneístas Froylán Turcios y José Inestroza Vega.

Afectuoso saludo

Con procedencia de la Ciudad Eterna, llegó hace poco a esta capital el Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor Agustín Hombach, Arzobispo de Tegucigalpa, para quien formulamos nuestros fervientes votos por que su retorno a este país, que tanto le estima por su virtud, inteligencia y modestia, le sea siempre grata.

El Ateneo de El Salvador

Galantemente invitados por este ilustre Centro para que nos hiciéramos representar en la sesión solemne que verificará con motivo de la toma de posesión de su nueva Directiva, fueron designados los socios correspondientes doctores don Rafael B. Colindres, don Manuel Quijano Hernández y don César Virginio Miranda, para que lleven la representación de nuestro Ateneo en dicha ceremonia.